

Pese a las palabras de sus críticos y a las obras de sus imitadores, la dramaturgia de Bertolt Brecht continúa en el cénit de su prestigio, y no sólo en España, aunque el teatro brechtiano haya llegado con algún retraso a nuestros escenarios. La desazonante mezcla de desengaño, rebeldía e ilusión de un futuro nuevo que planetariamente produjo la segunda Guerra Mundial, perdura veinticinco años más tarde en millones y millones de almas y continúa sintiéndose expresada, ampliamente expresada, cuando menos, por lo mejor de ese teatro. "Madre Coraje", "Galileo Galilei", "La buena persona de Se-chuán", "El círculo de tiza caucasiano" y, claro está aquella temprana obra maestra que fue "La ópera de tres ochavos", quedarán en la historia del futuro tanto por su valor literario y sus novedades técnicas como por ser piezas fuertemente representativas de esta compleja e inquietante realidad que los hombres de hoy solemos llamar "nuestro tiempo".

Pero si fuese sometido a general plebiscito el conjunto de las obras dramáticas de Bertolt Brecht, no serían pocos los que diesen a "El círculo de tiza caucasiano" la palma de su preferencia. ¿Por qué? ¿En qué coincidirían todos ellos, más allá de los motivos particulares de cada uno?. A mi personal modo de ver, en valorar como una singular joya teatral el revulsivo encanto —si se me permite poner juntos tal adjetivo y tal sustantivo— que conjuntamente dan a la pieza su sabia ingenuidad, su desenfadada ironía, la delicada condición poemática de varias de sus escenas y la certera y revolucionaria novedad, si no de su tema, viejísimo en la historia de la humanidad, sí de su desenlace.

Sabia ingenuidad posee, en efecto, este modo de presentar y tratar el desarrollo lineal, quijotesco, me atrevería a decir, de un cuento o apólogo oriental; ironía desenfadada, la sólo esbozada estampa de la corte del gobernador Abaschwili y, sobre todo, la figura poemática, las escenas entre Simón y Grucha y entre ésta y Miguel; certera y revolucionaria novedad, en fin, el sorprendente desenlace de la pieza.

Unas palabras todavía en relación con el sentido general de la acción dramática, cuando ésta es considerada en su integridad. ¿Qué nos viene a decir Bertolt Brecht a los hombres de hoy, a todos los hombres de hoy con su personal y originalísima versión de la vieja leyenda china que ya en 1921 adaptó al teatro Klabund?. A riesgo de no ser entendido más que por quienes quieran entender la paradoja, diré, mezclando adrede las bromas y las veras que, puesto en el hipotético trance de elegir entre Salomón y San Pablo, Bertolt Brecht se quedaría con éste. Y ya sin ese riesgo, hablando en corto y por derecho, añadiré que en ninguna otra comedia de este autor brilla de un modo tan inteligente, lúdico y persuasivo como en ésta la más profunda de las convicciones de su corazón de hombre y de poeta: que sólo a través del trabajo no alienante, la justicia, el amor y la abnegación puede llegarse sobre nuestro planeta al disfrute de una vida real y verdaderamente "humana".

Va a levantarse el telón. Va a comenzar ante nosotros la aventura de Grucha y las bienhechoras trapacerías de Azdak. Para el público amante del teatro, estoy seguro, una verdadera fiesta. Pero acerca de esto es él, el público, no el ladino juez Azdak, quien tiene que dictar su soberana e inapelable sentencia.

Pedro LAIN ENTRALGO